

LAS METAFORAS ESPACIALES EN EL ANALISIS DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS

J. Vilas Nogueira

Universidad de Santiago de Compostela.

1. INTRODUCCION: LENGUAJE Y POLITICA

El estudio del lenguaje político, tanto de la práctica como de la teoría, no goza de mucho favor entre los especialistas de ciencia política. Esta actitud resulta sorprendente dado el interés que ha suscitado en nuestro siglo el lenguaje en otros campos de la teoría social. Son muchos los autores que han enfatizado que la producción y comprensión de símbolos es el rago específico de la especie humana y la inmensa complejidad y desarrollo del lenguaje humano respecto de los de las otras especies animales se explica por esta función y potencialidad simbólicas (Cf. WHITE, 1964).

Aunque la producción y utilización de símbolos son comunes a cualquier actividad humana, cobran especial importancia respecto de la organización y de las relaciones sociales y políticas, en tanto éstas muchas veces son productos meramente simbólicos (Cf. OLIVECRONA, 1980). Consecuentemente, la "semiologización" del estudio de las relaciones sociales ha producido una complementaria "socialización" de la lingüística, a través del énfasis en la consideración del lenguaje como inmerso en un conjunto de prácticas sociales y conformado por reglas y diferenciaciones de configuración intersubjetiva, llegando a abonar tesis filosóficas generalizadoras como, por ejemplo, la de Wittgenstein, sobre la dependencia de los lenguajes respecto de las formas de vida, y el consiguiente carácter plural de los lenguajes con que los hombres han enfrentado y enfrentan la realidad.

Algunos autores buscan la explicación de esta escasa presencia de las orientaciones semiológicas en el campo de la Ciencia Política en una particular corrupción del lenguaje político contemporáneo: *"one is reminded of Machiavelli's complaint at (...) the Discorsi that his contemporaries had drink deeply of classical wisdom in every field but the one in which it had most to offer: in the field of statesmanship itself. Our situation is that everyone is aware, but unsystematically aware, that modern language, and espe-*

cially political language, is in a corrupt and unsatisfactory state. It is a commonplace of sophisticated awareness that words like "liquidation" in its Bolshevik usage, or "pacification" on the lips of a Pentagon spokesman are attempts to perfume bloody hands. George Orwell (...) provided in (...) Nineteen Eighty Four an operational theory of systematic corruption creating a language whose great, paradoxical, and ultimately implausible achievement is to generate only a set of propositions acceptable to the despotism that created it". (MINOGUE, 1982, 123-124).

Sin negar esa corrupción, patente en los ejemplos aducidos en la cita anterior, no creo que en tiempos pasados haya ocurrido de otro modo. En la misma línea argumental, aunque menos melodramáticamente, se arguye que el lenguaje político, siempre tentado por la falacidad y la trivialidad, manifiesta en nuestra época con especial acuidad tales características, tan poco favorecedoras, como consecuencia de la generalización del sistema democrático. Este comportaría que los discursos políticos son dirigidos a las masas y, consiguientemente, el grado de conceptualización y de retórica de los mismos se igualaría por abajo, para ser accesibles y eficaces respecto a los ciudadanos de menor nivel cultural. Observación que puede encerrar algo de verdad sólo si el término de comparación se refiere a ciertas sociedades, como la Grecia clásica o algunas europeas del primer liberalismo, en que se conjugaba la reducción de los derechos políticos a una élite social y un alto nivel cultural de esa reducida clase dominante, circunstancia históricamente más bien excepcional. Más atendibles son los argumentos que sostienen la degradación del nivel del discurso político en base a la incidencia de las nuevas técnicas de comunicación de masas, cuyo soporte comunicativo fundamentalmente es la imagen.

En términos generales, no parece que el lenguaje político contemporáneo incluya mayores dosis de falacidad que en épocas pasadas. Lo que sí, en cambio, sucede es que nuestra época es más crítica, o abiertamente desconfiada, respecto del lenguaje político. Esta actitud tampoco es nueva, se encuentra ya, y muy caracterizadamente, en Grecia (por ejemplo, los sofistas), en la Roma republicana e imperial, en el Renacimiento (por ejemplo, Maquiavelo, citado más arriba por Minogue) y alcanza genial expresión en el **Marco Antonio** de Shakespeare. Lo nuevo de nuestra época es la generalización de esa actitud y su conexión con una problemática más general que la demagogia o la conquista (**ilícita**) del poder. Esta nueva conexión está representada fundamentalmente por las teorías de la ideología, que suelen coincidir en la necesidad de indagar tras los discursos y las declaraciones de principio los intereses **reales**, escondidos, cuando no camuflados, tras aquellos. El lenguaje político sería un mero epifenómeno (MINOGUE, 1982, 124) y su desvelamiento una de las tareas primordiales de los científicos políticos; pero, en la prosecución de este objetivo suele atribuirse poca relevancia a un tratamiento lingüístico, de decodificación del discurso político. Por otro lado, aquellos que por dedicación profesional parecen más próximos al lenguaje que los científico-políticos, como los filósofos sociales y políticos, prestan escaso interés al discurso político, probablemente a causa

Las metáforas espaciales en el análisis de los sistemas de partidos

de su trivialidad, enfrascados en un lenguaje mucho más conceptuoso y abstracto.

Sin embargo, el discurso político, aún falaz y trivial, no puede ser tratado como mera vestidura de una **realidad política** a la que, en rigor, sería ajeno. Por paradójico que pueda resultar, esta **apariencia engañosa** forma parte de la misma **realidad política**. De otro lado, en las sociedades democráticas contemporáneas la obtención o el mantenimiento del apoyo político, y más en concreto del apoyo electoral, es el primer determinante de los discursos políticos, sometiéndolos a permanente tensión que, obviamente, no se detiene en el nivel retórico sino que impulsa a la adopción o abandono de políticas determinadas y, sobre todo, condiciona la temporalidad de una u otra. los gobiernos no suelen adoptar medidas impopulares en vísperas de las elecciones.

Estamos acostumbrados a considerar, con la generalidad de las doctrinas filosóficas, la **realidad** como una especie de residuo o de núcleo, al que se accede desechando ilusiones y apariencias. Esto puede ser verdad respecto de la realidad física, pero no aplicado a la vida política. La **realidad política** está **realmente** constituida, **también**, por ilusiones y apariencias. Se ha subrayado que pensamientos y convicciones generalizados de dudosa veracidad, cuando no probadamente falsos, constituyeron y constituyen objetivos políticos, al servicio de cuya consecución se movilizan las energías sociales y se articula el **juego** político. Esta constatación, simplista, a primera vista irrefutable, plantea, sin embargo, muchos problemas. ¿Por qué la **realidad** social y política integra en tan gran medida ilusiones y apariencias engañosas? Podría tratarse de sólo una apariencia, derivada, como creyó Comte, y en su tradición otros muchos posteriores, de un mero retraso en el proceso del conocimiento social respecto del mundo físico. Pero, la verdad, la evolución desde comienzos del XIX hasta hoy hace poco plausible esta interpretación. Un recurso sería refugiarse, e incluso complacerse, en una visión antropológica pesimista, sobre el modelo cristiano de la "naturaleza humana caída". No creo que sea el mejor expediente. me parece que la solución debe buscarse en otro terreno: en el cuestionamiento de la falacia naturalista. No hay ningún motivo para creer, y muchos para dudar de ello, que la realidad social tenga una consistencia similar a la realidad física. En otras palabras, la dicotomía realidad-apariencia, relativamente precisa respecto del mundo físico, diluye sus entornos aplicada al mundo social y político.

2. LAS METAFORAS ESPACIALES EN LA LITERATURA SOBRE PARTIDOS POLITICOS

Si las metáforas espaciales, gozan de gran favor en la literatura sociológica y sobre la sociedad en general, la comprensión de la política contemporánea (en el sentido que este adjetivo cobra en la convencional periodificación histórica) está particularmente mediada por una imaginaria espacial.

Hablamos, así, de situaciones, posiciones, espacios, etc. políticos. Naturalmente, como materia de imaginiería que es, aludimos al "espacio sensible", esto es, a representaciones derivadas de la percepción sensosocial del espacio.

Pero en pocos terrenos de la vida política es tan frecuente e intenso el empleo de una imaginiería espacial como a propósito de los partidos y sus relaciones. Parece evidente la necesidad de utilizar como sumo cuidado este material de imaginiería, y no menos evidente resulta que, con frecuencia, incluso autores programáticamente muy alertados ante tales riesgos, ofrecen análisis que desmienten sus declaraciones de intención.

Esta imaginiería espacial adquirió especial relevancia en la contemporaneidad por la introducción y subsiguiente éxito de los términos izquierda/derecha para designar una cierta bipolarización política. La idea de disponer a los partidos en una dimensión izquierda/derecha alcanzó tal éxito que es práctica general de los estudios sobre países considerados individualmente y es ampliamente aceptada, tanto respecto de las élites políticas como del común de los ciudadanos, como prueba ampliamente la generalización de las encuestas de cuestiones en las que los preguntados deban colocarse a sí mismos o a los partidos sobre escalas lineales definidas por aquellos extremos (Cf. INGLEHART y KLINGEMANN, 1976; y, sobre encuestas españolas, MONTERO, 1986, 146). Tal éxito ha llevado a algún autor a firmar que esta ordenación espacial tiene un atractivo intuitivo inmediato, lo que, creo yo, resulta discutible y parece insidioso en el contexto en que se formula. En cambio, sí es admisible que esta idea de una dimensión lineal izquierda/derecha tiene gran capacidad expresiva, en tanto permite no sólo las nociones de los extremos y el centro, sino también otras, incluso muchas, intermedias, como las de centro-izquierda o centro-derecha. Innecesario es advertir que no hay por qué suponer que, en general, los intervalos que separan a las distintas posiciones dispuestas en la escala hayan de ser equivalentes.

La imagen izquierda-derecha es compatible como otra representación geométrica intuitivamente atractiva: la curva campaniforme de distribución modal, que es de fácil sobreimpresión sobre una escala izquierda/derecha. Dado que en una distribución modal la gran mayoría puede estar arracimada, y con alguna frecuencia lo está efectivamente, en torno a la mediana, la idea de que hay una fuerza *lógica* que arrastra hacia la moderación en una competición electoral puede ser aceptada acriticamente como base de análisis. En ese caso no se pretaría la adecuada atención a la situación de la vida real, en la que el medio, la mediana y la moda no son términos correspondientes, reduciéndose la virtualidad del análisis a establecer sólo una o más modas en una distribución dada de preferencias políticas. Por otra parte, ya DOWNS (1957) consideró en su modelo hipótesis (por lo demás, susceptibles de referencia empírica) de la existencia de una o más modas excéntricas.

Mostraba más arriba mi reticencia ante la afirmación de que la ordenación de los partidos en una dimensión izquierda/derecha deba su éxito a su "atractivo intuitivo". Porque esta contraposición no surgió históricamente como un artificio *representativo* de las diferentes posiciones políticas y/o

Las metáforas espaciales en el análisis de los sistemas de partidos

partidarias, sino como una característica definitoria y valorativa de posiciones y partidos, en el propio terreno de la práctica. A diferencia, por ejemplo, de una curva de distribución modal, la dimensión izquierda-derecha no ha sido inventada por la literatura académica. Existe desde antes de que ésta se haya servido de tal contraposición para sus explicaciones o análisis. Es más, parece lógico pensar que si la literatura académica acudió a esta representación fue, precisamente, porque en la realidad de la vida política, los partidos (cuando menos, muchos partidos) se identificaban sobre tal dimensión.

La atribución de valor político a los términos izquierda y derecha es derivación de un significado originario estrictamente espacial. En las asambleas (también en los "parlamentos" del Antiguo Régimen), muy naturalmente, unos de sus miembros se situaban a la derecha de la presidencia de la asamblea; otros a la izquierda. Pero nunca se asoció valor político a esta ubicación, quizá porque otras referencias topográficas (por ejemplo, delante, detrás; o arriba, abajo) dominaban la percepción de la ordenación del espacio. Pero, en la Revolución Francesa, cuando los Estados Generales se convierten en Asamblea nacional Constituyente, la fracción de la nobleza que se implicó en el proceso de conversión se situó a la derecha de la presidencia, el lugar de honor, y el "tercer estado" a la izquierda. Interesa, pues, subrayar, y retener que la determinación original de la diferente ubicación espacial era una diferenciación de clase. Y no parece temerario asociar la circunstancia de la concesión de significatividad a la contraposición, sobre un plano horizontal, izquierda/derecha (frente las otras posibles contraposiciones: anterioridad/posterioridad, sobre un plano igualmente horizontal, o superioridad/inferioridad, sobre un plano vertical) al éxito de valores políticos igualitarios (revelados en la configuración de la Asamblea Nacional frente a la precedente Cámara de "estados")¹.

Muy rápida, y casi insensiblemente², las denominaciones izquierda/derecha cedieron su significación inicial de disposición espacial a la de términos identificativos de las opciones políticas de aquellos dos grupos de asambleístas, que se sentaban a izquierda y derecha, respectivamente, del presidente de la Cámara. Identificación con valor más bien genérico, definidas aquellas opciones por sus rasgos esenciales (más revolucionaria y más enemiga del poder real, la izquierda; más conservadora y menos reticente ante el poder real, la derecha).

Los diccionarios suelen definir izquierda y derecha por referencia a la posición del corazón en el cuerpo humano. La izquierda es el lado del corazón; la derecha, el opuesto. Dado el conocido prestigio emocional de que este músculo se ha beneficiado a lo largo de la historia de la cultura, podría

¹ Sieyes ("Sobre los acuerdos que deberán adoptar las asambleas de los Bailiazgos") supo advertirlo: "sería de desear se disponga la Asamblea en círculo o de forma oval, a fin de que no haya preeminencia de lugar..." (SIEYES, 1990, 17). LAPONCE (1981) ofrece una exposición detallada del proceso de introducción, con valor político, de los términos izquierda/derecha.

² El mundo anglosajón tardó más, que el europeo continental, en recibir esta contraposición: "the concept was first popularised in Great Britain by Carlyle's *The French Revolution* (1837), but duality in the form of Right-Left opposition was not established there until after the First World War, when the Labour Party gathered strenght" (BEYME, 1985, 255).

pensarse que la izquierda política se aprovecharía de ello. Así, algunos autores pretenden constatar una propensión muy generalizada en las fuerzas políticas a autoinsinuarse en posiciones de "izquierda", por medio de denominación y retórica, atribuible a un presunto desprestigio social de las posiciones de derecha. No creo que sean justas, en términos generales, este tipo de estimaciones y, sobre todo, son enteramente inadecuadas en la actualidad.

Y ello, porque el valor positivo de la asociación izquierda-cordialidad está contrarrestado por el disvalor izquierda-siniestralidad, en su doble significado, especificado por sus correspondientes opuestos: derecha-rectitud, derecha-habilidad. Pero, además, hay argumentos más graves en favor de la valoración positiva de la derecha y de la valoración negativa, o disvaloración, de la izquierda. Como han mostrado algunos autores, la dimensión izquierda/derecha tiene profundas raíces en el pasado cultural de la mayor parte de los pueblos. Y en la mayor parte de ellos, la divinidad ha sido situada simbólicamente a la derecha; sus adversarios a la izquierda (Cf. en particular, LAPONCE, 1981). Pero, sobre todo, es así, en la tradición cristiana, dominante en el ámbito cultural en que surge la contraposición, con valor político, de izquierda/derecha: quién no recuerda la sentencia evangélica que sitúa a la derecha del Padre a los elegidos y a su izquierda a los réprobos. No parece temerario pensar que esta simbología permanece viva, al menos parcialmente, en el inconsciente colectivo. Es más, la derecha y la izquierda *político-espaciales*, que surgen con la Revolución Francesa deben su inicial ubicación a consideraciones de este tipo: ¿quién, si no lo nobles, se habría de sentar a la derecha, el lugar de honor?

Hechas estas observaciones introductorias, centrémonos ahora en el problema del valor político adquirido por estos términos de izquierda y derecha, desde 1789. Como se dijo, entonces eran derecha los nobles, más conservadores y menos reticentes ante el poder real, e izquierda los burgueses, más revolucionarios y más hostiles al poder real. Respecto de unos y otros, no ya sus posiciones de 1789, sino la evolución de la Revolución van a imponer una identificación de la derecha con los realistas y de la izquierda con los republicanos. Más tarde la cuestión de la forma del régimen, monarquía o república, sin dejar de ser del todo pertinente para la discriminación, cede su peso ante criterios más generales y genéricos, presentes desde el principio: son derecha los conservadores, los que entienden que no son necesarios ni convenientes cambios en la organización política y que, en todo caso, los cambios, cuando se producen, deben operarse a virtud de una evolución social espontánea, no estrictamente política; son izquierda los progresistas, reformadores o revolucionarios, que sostienen la necesidad de mejorar, o cambiar radicalmente, la organización política y que postulan que estos cambios deben operarse a virtud de proyectos políticos, esto es, de intentos de dominar la evolución social. De modo complementario, la derecha es asociada con una visión verticalista de la estructura social, con la consiguiente aceptación de jerarquías religiosas y sociales, y con la defensa de la continuidad del *status quo*; la izquierda con el énfasis en la horizontalidad y la ecualización sociales.

Con la aparición de los movimientos socialistas surge una nueva iz-

quierda, cuyo proyecto político incorpora la pretensión de suprimir la propiedad privada de los medios de producción y/o medidas parecidas; la imagen común de esta nueva izquierda, socialista, desplazó hacia la derecha a la anterior izquierda presocialista. Esta apreciación parece confirmada por el estudio comparado de encuestas y sondeos de opinión. Se ha subrayado al efecto que, en general, se produce una correspondencia entre la mayor disposición a ver la escena política en términos de oposición entre izquierda y derecha y la existencia de partidos socialistas fuertes.

La imagen espacial de distribución partidaria que deriva de ello presenta una visión evidente bipolarizada. SARTORI (1980, 165-166) critica, con cierta furia, el uso de anteojeras dualistas, esto es, la tendencia a explicar todos y cada uno de los sistemas de partidos mediante un modelo bipartidista: "*Duverger proponía esas anteojeras dualistas como si fueran casi una "ley natural" de la política*", posición ésta que ofrecería la "*impresión eminentemente supersticiosa de que los fenómenos se dan por pares*".

Estoy de acuerdo con la crítica de Sartori, en tanto niega que exista una ley tendencial hacia el bipartidismo en todo el sistema de partidos³. La mera evidencia empírica desmiente tal pretensión. Pero, del mismo modo que la exposición de Duverger a que se refiere, su crítica confunde esta cuestión con otra, lógica e históricamente distinta, aunque relacionada con ella, cual es la de una eventual tendencia a la estructuración bipolar de las posiciones políticas⁴. En todo caso, la perentoriedad con que Sartori formula su crítica no contribuye a elucidar la cuestión. Poque no se trata de una posición, más o menos injustificada, exclusiva de Duverger: "*but in party theory from Stahl to Duverger dualism has been the dominant principle of all attempts to classify party systems. In the systems theory approach the tendency to reduce the complexity of political programmes and attitudes which this inevitably entails has been seen as a compulsive urge to dichotomise-only necessary, because the social gradation of the older class societies was giving way to a temporal patterns, replacing the old regional and functional distinctions, and forcing everything into "Conservative" or "progressive" grooves*". (VON BEYME, 1985, 256).

Retomando los términos de la crítica de Sartori, la verdad es que la historia del pensamiento social y político de la humanidad muestra la utilización, en su mayor parte, de una categorización dualista de las opciones, y de los agentes, sociales y políticos. Así, estamos acostumbrados a caracterizar las opciones y fuerzas políticas, en los regímenes históricos europeos anteriores a la aparición de los partidos políticos, en forma dualista: patricios contra plebeyos, en la antigua Roma; güelfos contra gibelinos, en la Edad Media, católicos contra protestantes, en la Edad Moderna, etc. Y por

³ Ya en 1959, LEYS (1981, 187-189) hizo una crítica muy rigurosa del postulado de Duverger, en su relación con el sistema electoral mayoritario a una vuelta, incluso en referencia a países como Gran Bretaña, que suelen, y pueden en la mayor parte de su historia contemporánea, ser considerados bipartidistas.

⁴ Todavía recientemente, DAALDER (1984, 92) subraya el escaso favor que la idea de centro encuentra entre los académicos estudiosos de los sistemas europeos de partidos.

lo que respecta al posterior régimen de partidos, *"one of the first party theorists in Germany said simply: "As soon as there is one party, there are two"*. (VON BEYME, 1985, 255).

De otra parte, no debe ser subestimada la importancia de las estructuras de oposición en la conformación del pensamiento. En particular, la organización de los conceptos por parejas antinómicas parece ser una forma originaria y permanente del pensamiento: *"tant que l'être pensant demeure enraciné dans un être vivant et sentant, la bipolarité affective ne pourra manquer de retentir sur son fonctionnement, et de lui dicter des dichotomies par opposition des contraires, soit que ceux-ci correspondent aux deux pôles de l'affectivité (bon-mauvais, ami-ennemi, sain-malade), soit qu'ils renvoient aux deux offenses extrêmes de chaque côté d'un "optimum" (brûlant-glacé, troubles en "hyper" ou en "hypo")* (BLANCHE, 1969, 15). Y si se admite que esta estructura de oposición binaria tiene, como dice Blanché, una raíz sobre todo afectiva, en pocos terrenos se puede hacer más patente que en el de la política ⁵.

Volviendo al postulado de Duverger, éste, pues, no es pertinente, no porque sostenga una tendencia a la bipolarización política, sino porque reduce tal bipolarización a una traducción inmediatamente partidaria. El error está en que la tendencia a la bipolarización puede actuar en una pluralidad de dimensiones y dentro de cada una de ellas en una pluralidad de espacios, de modo que la traducción de esta tendencia de estructuración bipolar de las

⁵ Según WALLON (1945, 41 y 67), la estructura de oposición binaria preside todo el pensamiento infantil: *"ce qu'il est possible de constater à l'origine c'est l'existence d'éléments couplés. L'élément de pensée est cette structure binaire, non les éléments qui la constituent (...). En règle générale, toute expression, toute notion est intimement unie à son contraire, de telle sorte qu'elle ne peut être pensée sans lui (...). C'est par son contraire qu'une idée se définit d'abord et le plus facilement. La liaison devient automatique entre oui-non, blanc-noir, père-mère"*.

La concepción gemelar ocupa también un lugar privilegiado en las formas de "pensamiento salvaje", en la terminología de Lévi-Strauss. Según él, los sistemas conceptuales de las estructuras intelectuales de las sociedades primitivas se definen siempre, en última instancia, por determinadas parejas de contrastes: *"en efecto, todos los niveles de clasificación ofrecen un carácter común: cualquiera que sea aquél que la sociedad considerada pone por delante, es necesario que autorice —y aún que envuelva— el recurso posible a otros niveles, análogos desde un punto de vista formal al nivel privilegiado, y que no dirieren más que por su posición relativa en el seno de un mismo sistema global de referencia que actúa por medio de una pareja de contrastes: entre general y especial, por una parte, entre naturaleza y cultura, por otra parte"*. (LEVI-STRAUSS, 1972, 198).

Para BLANCHE (1969, 15-16), *"souvent des divisions binaires, affectées de valeurs opposées, jouent un rôle capital dans les conceptions du monde qui fleurissent dans les civilisations intermédiaires: le "yin" et le "yang" des Chinois, Ormuzd et Ahriman chez les mazdéens, le dualisme des manichéens"*. En el alba del pensamiento clásico, la oposición de contrarios, bajo formas más desprendidas del mito, permanece como instrumento por excelencia para la explicación de las cosas, tanto en los filósofos presocráticos como en la física de Aristóteles. Aún hoy se puede encontrar en el pensamiento más común, conformado y vehiculado por un vocabulario en el que las palabras se agrupan habitualmente en complejos antinómicos.

En referencia a la construcción de la Sociología, GARCIA COTARELO (1985, 28) subraya la presencia sucesiva de grandes dualidades estructurantes: la sociedad militar frente a la sociedad industrial, en Spencer; la solidaridad orgánica frente a la solidaridad mecánica, en Durkheim; el status frente al contrato, en sir Henry Maine; la sociedad tradicional frente a la sociedad racional, en Weber.

posiciones políticas en el sistema de partidos esté afectada por circunstancias muy particularizadas temporal y espacialmente. En consecuencia no se puede erigir un tipo "ideal" único de sistema de partidos, olvidando la obligada y estrecha conexión de todo sistema de partidos con la sociedad particular en que se produce, por lo que aquel traduce un conjunto de determinaciones sociales de muy diversa naturaleza (objección, por cierto, que puede hacerse también, incluso con mayor énfasis, a Sartori). En términos más triviales, podría decirse que el sistema de partidos conjuga obligadamente los rasgos comunes a un conjunto de sociedades (homogeneizadas en el tiempo, modo de producción, tradición cultural, etc.) con las diferencias, mayores o menores, que la estructura o la cultura particulares que cada una comporta (especialmente los factores de extensión territorial, grado de integración "cultural" nacional, grado de integración étnica y religiosa, tradición cultural específicamente política, etc.).

En consecuencia, la persistencia de una imagen espacial de bipolarización de las posiciones políticas, que refleja el uso generalizado de la dicotomía izquierda/derecha es perfectamente compatible con una constatación de la realidad, y de la "normalidad", de sistemas multipartidistas, ya que aquella bipolarización expresa precisamente, y sólo, una ley tendencial de estructuración de las posiciones políticas, que puede referirse, y se refiere habitualmente, a una pluralidad de dimensiones o de espacios. La reducción del multipartidismo inmediatamente resultante de esa constatación a un modelo bipartidista es contingente, dependiendo de circunstancias particulares de cada sociedad. Una de esas circunstancias reductoras, en situación normal, es la competición electoral, y en este sentido Sartori es particularmente lúcido. También un incremento excepcional de la polarización de las posiciones políticas puede operar con eficacia reductora, pero en estos casos tal eficacia va inseparablemente unida a los riesgos de reproducción del sistema.

Una clave explicativa de la contraposición, en este aspecto, entre Duverger y Sartori puede hallarse en la diferente referencia temporal que parecen implicar los razonamientos de uno y otro. Duverger semeja partir de los momentos aurales de los partidos políticos, en los que estos suponían visiones radicalmente contrapuestas y categóricamente antitéticas sobre el sistema de dominación política, lo que en el lenguaje trivial de la práctica política se suele calificar, ahora, como modelo de sociedad. Los conservadores son los aristócratas, partidarios del Antiguo Régimen, en oposición a los liberales, burgueses, partidarios del *Nuevo Régimen*. Incluso más tarde, la aparición de los socialistas, obreros, que propugnan una nueva forma de organización social, fortalece, en el polo opuesto, la unificación, por la vía de la transacción y el compromiso, de los antiguos enemigos, conservadores y liberales. De aquí, también, la estrecha vinculación que establece Duverger entre clase social y partido político, que hace evocar las referencias, más bien breves y en escritos menores, de Marx a estas cuestiones. En situaciones como estas, es patente la precariedad, incluso la ausencia, de consenso social fundamental, y por ello la ausencia o la precariedad de la disposición de la oposición a aceptar las reglas del juego. Esta visión de Duverger es sumamente simplificadora, pero no se puede decir que traicione la evidencia

histórica. Su debilidad no está, pues, ahí; está en la proyección de este esquema sobre sociedades, y en situaciones temporales, en que la maduración de los partidos políticos y de sus sistemas han difuminado el carácter antagónico de aquellos, como actores de una guerra civil siempre larvada; a veces en acto.

En cambio, más adecuadamente, Sartori parte de esta situación de maduración, en la que las diferencias partidarias no quiebran, sino expresan, el consenso social fundamental. En términos queridos a Duverger, él se refiere a partidos que contienden sobre las reglas del juego; Sartori a partidos que contienden por la victoria de un juego cuyas reglas han sido comunmente aceptadas.

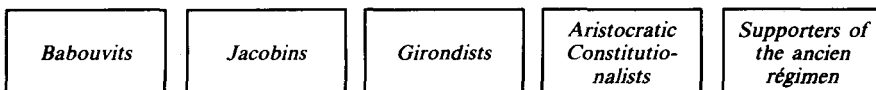
Encontramos aquí otra metáfora: los partidos políticos (ocasionalmente, también otros grupos en competencia política) son percibidos sobre el modelo de equipos deportivos y, consiguientemente, se reputa que sus posibilidades de actuación están circunscritas por reglas conocidas y aceptadas por los bandos contendientes. Sin embargo, esta metáfora no traduce exactamente la situación de la competición o lucha política. La diferencia fundamental está en que en política, las reglas establecidas responden más a la voluntad del más fuerte de los *jugadores* que al consentimiento de todos. Sin embargo, esta metáfora es utilizada frecuentemente en la representación de la política: en términos de una tal analogía, las Constituciones son consideradas como actos de establecimiento de las reglas de juego y ciertos órganos, como los Tribunales Constitucionales, como árbitros deportivos. No es difícil observar que la relativa discrepancia entre la metáfora y la realidad a la que se aplica juega un papel fundamentalmente conservador. La exigencia al perdedor de una conducta de *fair play* resulta particularmente onerosa cuando las reglas de juego las ha fijado el vencedor.

Esta comprensión metafórica redundante en la afirmación de una tendencia a la estructuración bipolar de las posiciones políticas, sin, por ello, abocar a la reducción de los competidores a una matriz dual. Pero no parece lógico postular, como alternativa, la sustitución del esquema (tendencialmente) bipartidista de Duverger por uno pentapartidista, como hace VON BEYME (1985, 255-256): "*But the dichotomy which the French Revolution widened should not be allowed to overshadow the fact that there have been very much more differentiated positions in the political programmes and theories of major European revolutions, and there is much to suggest that one should think in terms of a rudimentary five-party, rather than two-party, scheme:*

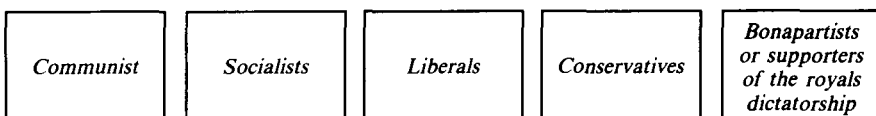
English Civil War:

Digger	Leveller	Classical Republicans (Milton, Harrington, Sidney)	Royalists	Believers in the Divine Right of Kings
--------	----------	--	-----------	--

French Revolution:



But as polarisation intensifies, many of these differences became blurred, and at the beginning of the nineteenth century political theorist could only see positions for or against the revolution although signs were again appearing that the five-party scheme might be more appropriate:



Naturalmente, la identificación, en los tres momentos expresados, de los respectivos cinco partidos resulta "razonable" a la vista de la historia, pero dista de ser concluyente. En algún caso podría, razonablemente, prescindirse de alguno; en otros, podría incluirse alguno más. La pretensión de Von Beyme resulta tanto más sorprendente porque no va acompañada de ningún razonamiento justificativo. ¿Por qué cinco, y no cuatro o seis?

Por otro lado, el argumento citado resulta abiertamente discutible en el aspecto de la afirmación de una intensificación de la polarización desde las revoluciones inglesa y francesa hasta comienzos del siglo XIX. Tanto la lógica como la evidencia histórica abonan la tesis opuesta. La lógica porque, por definición, una revolución implica una situación de máxima polarización; podría decirse que en una situación revolucionaria la polarización alcanza grados paroxísticos. Esta es la convicción común a la literatura académica y a los escritos de los mismos revolucionarios (piénsese en el *slogan* leninista de la agudización de las contradicciones). También, el recurso a la historia muestra que, en términos generales, a medida que se desarrollan los partidos y los sistemas de partidos disminuye la polarización.

Esta constatación no niega que en las revoluciones inglesa y francesa, y en general en toda situación revolucionaria, cabe distinguir más de dos formulaciones partidarias (en rigor, en el caso inglés *prepartidarias*) de las posiciones encontradas. Pero su desdibujamiento en la percepción posterior no obedece tanto a una ulterior intensificación de la polarización partidaria como al efecto simplificador habitual, y quizá inseparable, de la evocación histórica.

La imagen espacial de la bipolarización de las posiciones políticas conlleva muy naturalmente la impresión de que el centro viene determinado por los extremos, y no a la inversa. Quizá justificando la pertenencia de una ley de estructuración bipolar de las posiciones políticas —que Sartori descalifica tan determinantemente—, se puede decir que la imagen espacial que domina en la representación del campo político es lineal (o espectral; el "espectro político", se suele decir actualmente) y no circular. No hay modo de deter-

minación en un espacio político circular sin la previa fijación del centro. En cambio, una línea recta se determina por sus puntos extremos.

Ahora bien, una imagen de bipolarización unidimensional de las posiciones políticas parece chocar con la evidencia de la frecuente multiorientación de esas posiciones, más acusadas en unas sociedades que en otras, más patente en unos momentos históricos que en otros, y que, según algunos autores, sería tanto más perceptible cuanto que el desarrollo humano complejifica las formas de organización social. Cabría, entonces, la determinación del espacio partidario como un ámbito delimitado por la concurrencia de varios ejes bipolares, que se cortan en algún punto. De este tipo es la imagen que ofrece DUVERGER (1979, 285-289), recurso que le permite conciliar su postulado de la *tendencia* bipartidista con la constatación empírica de una realidad multipartidista. El autor representaba la división multipartidista francesa (a comienzos de la década de los cincuenta) como consecuencia de la intersección de tres ejes de posicionamiento político, que articulaban en oposición binaria las "seis grandes familias espirituales" de la política francesa: uno centrado en la bipolaridad "occidentales-orientales"; otro en la de "clericales-laicos"; y un tercero en la de "liberales-socialistas". En concreto, esta imagen de Duverger presenta una estricta equivalencia y equidistancia entre los ejes ⁶, lo que permite finalmente una representación circular del espacio partidario, por la atribución al punto de cruce del papel de centro, pero equivalencia y equidistancia no son postulados necesarios de una imagen de entrecruzamiento axial ⁷. En una perspectiva lógicamente afín a la de Duverger, aunque con la pretensión de formular un modelo general más completo, LIPSET y ROKKAN (1967, especialmente pp. 9-10), desarrollan el paradigma A-G-I-L, de Talcott Parsons distribuyendo los *cleavages* cruciales y sus expresiones políticas en el marco de un espacio bidimensional, generado por el encruzamiento de dos ejes: uno vertical, que refleja la relación entre un centro integrador y una periferia centrífuga, y otro horizontal, a cuyo través las relaciones antes citadas pasan por elementos de contraposición de intereses y de oposiciones ideológicas. En consecuencia, LIPSET y ROKKAN (1967, 14) distinguen cuatro líneas de división o escisión partidaria, que se manifiestan en los conflictos entre (i) la cultura de construcción nacional centralizadora y la resistencia particularista de las provincias y periferias; (ii) la centralización y homogeneización provocada por el Estado nacional y los privilegios corporativos históricos de la Iglesia; (iii) los intereses de los terratenientes y de los empresarios industriales; y (iv) los intereses de los patronos y de los trabajadores.

Uno de los autores que ha afirmado más persistentemente la multidimensionalidad del universo político es SARTORI (en particular, 1980, cap. 10). Este autor ha insistido en la multidimensionalidad de las cuestiones y de las identificaciones en la política contemporánea, y ha criticado la indeter-

⁶ Desde el advenimiento de la V República, la realidad partidaria francesa se ha alejado progresivamente de una situación como la caracterizada por Duverger.

⁷ Hace algún tiempo (VILAS NOGUEIRA, 1975) utilicé una imagen de este tipo para la caracterización del espacio político en la II República española.

minación de significado y los fuertes sesgos ideológicos que, según él, presenta la imaginaria izquierda-derecha. Ha criticado fuertemente, también, a los autores que se apoyan en una interpretación socioeconómica de la dimensión izquierda-derecha, en contra, según él, de la evidencia, afirmando que, en cambio, debería atribuirse la prioridad a una interpretación político-constitucional⁸. Un punto fundamental en todos sus escritos ha sido el de que la separación, fundamental, entre partidos del sistema y partidos antisistema se basa en diferencias ideológicas, igualmente fundamentales⁹. "*He therefore uses terms like different spacings and disjointed spaces*" (DAALDER, 1984, 99). Sin embargo, una y otra vez ha intentado reducir la multidimensionalidad de la política moderna a una interpretación principalmente unidimensional, al menos en lo que concierne a la dinámica de la competición interpartidos. Para ello sigue varios caminos:

(i) "*His primary interest in Volume I of Parties an Party Systems in to push for an interpretation of the interaction of parties as an independent rather than dependent variables*" (DAALDER, 1984, 99). De aquí su gran énfasis en el papel del número de partidos y en los efectos mecánicos de su interacción. De ello deduce un cierto número de propiedades, vitales para su interpretación, entre las que cabe destacar su noción de elasticidad espacial (a mayor número de partidos espacio más ancho), las consecuencias que atribuye a la manifestación de uno o más partidos ocupando la posición de centro, el desplazamiento de la competición *centrípeta* en un sistema con mecánica bipolar por la competición *centrífuga* en uno multipolar¹⁰, y eventualmente, como resultado de una política de puja y desbordamiento por partidos extremistas irresponsables, la posibilidad de que el crecimiento de partidos antisistema en un sistema polarizado pueda llevar a su destrucción.

(ii) Sartori manifiesta que en ciertos sistemas puede coexistir una variedad de dimensiones, pero con peso desigual¹¹. En este caso, un proceso de escorzo puede conducir a un partido de una a otra (más saliente y dominante) dimensión.

⁸ Ha advertido, también, contra la fácil suposición de que los intervalos en una representación espacial reflejen similares distancias políticas reales, pero, ¿hay algún autor serio que haya mantenido nunca tal suposición?

⁹ Según GARCIA COTARELO (1985, 25-26), "*uno de los descubrimientos que más fortuna hizo en los años recientes de infrecuencia post-mortem del funcionalismo en la Ciencia Política, el de que existen "partidos pro-sistema" y "partidos anti-sistema" en el sentido de que acepten o no la legitimidad de los presupuestos fundamentales sobre los que se erige el edificio constitucional completo, tiene sus raíces en la contraposición duvergieriana entre "partidos interno" y "partidos externos"*.

¹⁰ Conviene subrayar que, en este caso, el razonamiento de Sartori es típicamente ejemplar de la violación de la lógica por medio de la utilización de recursos metafóricos de diverso origen. Pues este centro mecánico, capaz de producir fuerzas centrípetas o de sufrir fuerzas centrífugas es identificado, sin ningún razonamiento justificativo, con el centro geométrico en la disposición lineal izquierda-derecha, que obviamente, como tal, no tiene aquellas capacidades.

¹¹ Es interesante recordar a este respecto que DOWNS (1957), desde otro punto de vista, desde el punto de vista del elector, incorpora a su modelo la hipótesis, perfectamente plausible, de que el ciudadano pondere diferencialmente las posiciones de los partidos, según la dimensión de referencia.

(iii) Se han aducido pruebas de que en la autosituación de los votantes sobre una misma escala izquierda-derecha (propuesta por el encuestador) se manifiestan grandes diferencias nacionales. Estas diferencias podrían ser explicadas como resultantes de diferentes grados de polarización, en correspondencia con la distinción de Sartori entre sistemas multipartidistas "polarizados" y "moderados".

(iv) Sartori se enfrenta también con el problema, más claramente planteado en las llamadas sociedades segmentadas, de que se manifieste nítidamente un mundo de identificaciones multidimensional. Estas identificaciones no pueden entrar con fuerza en el mundo de la competición electoral, ya que ello requeriría, por un lado, la presencia de al menos dos partidos compitiendo sobre cada dimensión, lo que no siempre se produce, y, por otro y sobre todo, aquella dimensión a la que atribuya preferencia el mayor número de electores, tendrá, por consecuencia del principio mayoritario del gobierno democrático, mayor peso que las otras y ejercerá una atracción respecto de los partidos que se sitúen en otras dimensiones a proyectarse, de algún modo, en ella, si no quieren quedar marginados de la dinámica del poder virtual. Lo que abre el problema de la caracterización teórica de la dimensión (reductora) de la competición electoral.

Empíricamente, como admite Sartori, la dimensión principal de la competición electoral en la generalidad de los países es la de izquierda/derecha, aunque las razones de ello puedan presentar dificultades de explicación. Los partidos que no actúan en esta dimensión sólo pueden entablar una competición defensiva, pero no estrategias expresivas; tampoco afectan, como se acaba de apuntar, decisivamente, a la interrelación del sistema de partidos, si no entablan la lucha en la dimensión dominante y general. Este orden de razones permite a Sartori explicar por qué en ciertos sistemas de partidos (por ejemplo, las democracias consociales características de algunas sociedades segmentadas) hay cinco o más partidos sin que, pese a ello, muestren tendencia a un acrecimiento de la polarización. Puede haber numerosos partidos con plurales identificaciones, pero para la dimensión efectiva de la competición, tales sistemas representan casos de amontonamiento de partidos más que de fuerte polarización.

En conclusión, la diferenciación propuesta por Sartori entre el "dominio de identificación" (que frecuentemente es multidimensional) y el "espacio de competición electoral" (que tiende a ser unidimensional) afecta de lleno al problema aquí planteado. Cabe observar, en primer lugar, que la reducción de un mundo de identificaciones multidimensionales a un espacio de competición unidimensional muestra alguna semejanza con el razonamiento de Duverger. Ciertamente, pese a la reticencia de algunos autores, la opinión de Sartori de la existencia de un globalizador "espacio de competición electoral" se ajusta, como vimos, a la lógica de la dinámica de los sistemas de partidos y, también, se puede validar empíricamente. Lo que no excluye la conveniencia de una mayor investigación empírica de las proposiciones de Sartori ni la discutibilidad de otros extremos de su "modelo": "*for Sartori uses not only spatial metaphors and insights derived from properties of perception (the center becoming salient as an ideological space stretches), but*

also views about the **mechanical** interaction among parties as the number of relevant actor increases —changing a centripetal into centrifugal competition— and criteria of relative size (e. g. the development of more than two poles in a system, and the occupation or non occupation of the center by one or more center parties)” (DAALDER, 1984, 100-101).

Se han aducido dos situaciones en las que la representación espacial pierde significatividad:

(i) “A situation of complete **Allgemeinkoalitionsfähigkeit** of all parties” (DAALDER, 1984, 101). En este caso lo único que importa es la participación en el Gobierno, no con quién se participe. Ni las experiencias de coaliciones pasadas ni las dimensiones ideológicas (necesariamente difuminadas), ni las expectativas de políticas futuras, suponen restricción alguna. Esta situación es la más próxima al razonamiento en la teoría de la coalición (en la teoría de juegos) de la variedad tamaño-mínimo. El que esta teoría haya obtenido muy escasa verificación empírica sugiere que las suposiciones en que descansa no son muy realistas. La necesidad de reintroducir restricciones ideológicas o de otro tipo parece inevitable.

(ii) La otra situación sería la de una segmentación completa, que divide la sociedad en subculturas cerradas entre las que no existen relaciones de comunicación. Típicamente, en una tal situación no se mantienen las suposiciones de mayorías *normales* ni las consideraciones de afinidad ideológica: “instead, government proceeds by **Proporz**, a deliberate depolitization of issues, a farreaching autonomy of subcultures” (DAADER, 1984, 101; Cf. DAADER, 1979). pero, obviamente una situación de este tipo es bastante excepcional.

Si nos desplazamos de los argumentos espaciales a los basados en nociones extraídas del mundo de la mecánica, nos encontramos con dos clases de metáforas muy diferentes, aplicadas frecuentemente a los sistemas de partidos. En primer lugar, podemos imaginar una o varias balanzas que una fuerza particular inclina hacia uno u otro lado. En segundo lugar se puede concebir fuerzas centrípetas contra fuerzas centrífugas. En los dos casos, se puede razonar en términos de votantes o de partidos. Si lo primero el énfasis se sitúa en el resultado de las elecciones; si lo segundo, ha de ponerse más bien en la formación o ruptura de coaliciones de Gobierno.

Algunos autores, aunque no demasiados ni particularmente competentes, presentan la bipolaridad izquierda/derecha como uno más —que reflejaría la variable ideológica— de los diversos ejes de estructuración del sistema de partidos. La individualización de este eje no sería, por tanto (al menos inmediatamente) temática¹², no se singularizaría por las posiciones respecto al conflicto “Oriente-Occidente”, respecto al “modelo económico” o de la cuestión religiosa, por citar las bipolaridades de Duverger. Por el contrario sería una individualización funcional: la dimensión ideológica integraría los as-

¹² Más frecuente, sin embargo, es la tendencia a la individualización temática, aunque formulada de un modo muy genérico e impreciso. Así, la dimensión izquierda/derecha suele ser referida a lo “social” y a lo “económico”, para algunos autores individualizables entre sí, de suerte que una posición, por ejemplo, de derecha en lo “económico” podría coincidir con una posición de “izquierda” (o, al menos, más a la izquierda) en lo “social”, y viceversa.

pectos declarativos de *Weltanschauungen*, que los partidos políticos formulan, y se contrapondría, así, a una dimensión programática, de propuestas políticas específicas para los distintos problemas *prácticos* que se suscitan a los gobiernos, según la formulación de DOWNS (1957)¹³.

A partir de la evidencia de que las políticas reales de los partidos en el Gobierno casi nunca se ajustan enteramente a las políticas exigibles según sus postulados ideológicos, e, incluso a veces, de la constatación de una similar diferencia entre prácticas de oposición y postulados ideológicos legitimadores de la misma, no es difícil precibir que esta comprensión de la ideología propende a reducirla a una función de enmascaramiento, o cuando menos diversiva, de la "realidad" de la vida política, más o menos consciente y deliberada. En términos generales, no me parece justificada esta censura entre las dimensiones ideológica y programática y, sin entrar aquí a discutir los supuestos de su construcción, el propio DONS (1957, 97 y ss.) afirma la utilidad de la ideología como recurso predictivo para la determinación de la opción electoral del ciudadano. Por otra parte, en muchos autores, esta orientación comporta la consecuencia metódica de reducir la dimensión izquierda-derecha al terreno de la opinión. Los estudios empiristas sobre esta "variable" se convierten, así, en "meros" estudios de opinión pública, ya se refieran a la autosituación de los individuos sobre una escala de posiciones izquierda-derecha, ya a la posición que los mismos individuos atribuyen a los partidos sobre aquella escala. Resulta fácil advertir que si el análisis político se detiene en este terreno se priva de toda posibilidad de evaluar y contrastar los posibles fenómenos de manipulación y mistificación de la opinión. Frente a orientaciones más tradicionales del análisis político, sumamente reticentes ante las autoproclamaciones o autodefiniciones, atendido el componente mistificador que suelen comportar, esta orientación practica un psicologismo más bien ingenuo.

Por lo tanto, creo que en términos generales es posible destacar una dimensión que se erija en eje principal de referencia de las posiciones políticas, conforme a una ley tendencial de bipolarización. Y que esta dimensión en la contemporaneidad se suele identificar con la contraposición izquierda-derecha. Algunos autores, por ejemplo MARAVALL (1981, 17) subrayan que la identificación de los ciudadanos en la escala izquierda-derecha tiene una importancia variable de país a país. La menor disposición a posicio-

¹³ ENELOW y HINICH (1982) suponen una relación inversa entre la dimensión ideológica y las diferencias de políticas reales: si los electores están convencidos de que pequeñas diferencias ideológicas entre el candidato que concurre a la reelección y el candidato alternativo se traducirán en grandes diferencias en las políticas reales, la posición del primero se fortalecerá. Al contrario, si pequeñas diferencias en las políticas razonablemente predecibles son vistas como resultado de grandes diferencias en la ideología, el candidato alternativo estará en mejor posición. Si se estimó correctamente que un candidato extremista sólo podrá realizar cambios modestos en el *status quo*, un elector que no desee cambios mayores quedará satisfecho. Si los electores no esperan casi ningún cambio de un candidato más moderado y si, sin embargo, desean algún cambio no fundamental, el candidato extremista estará en mejor posición para derrotar al que concurre a la reelección. Por tanto, digo yo, la hipótesis básica de estos autores es una paradoja: los electores desean la continuidad de las políticas y el cambio de su legitimación.

narse sobre esta escala semeja corresponder a los norteamericanos, mientras que en Europa, según el mismo autor reconoce, la escala funciona con notable uniformidad. A propósito de esta observación conviene precisar: (i) que si no se reduce la bipolaridad izquierda-derecha a términos de psicología social, el que los ciudadanos se puedan mostrar menos propensos a autosituarse en esa escala no priva, necesariamente, de significatividad a la contraposición izquierda-derecha (un ejemplo límite: la retórica "superadora" de esa contradicción por el facismo, con el apoyo en determinadas épocas y países de millones de ciudadanos, no impedía que los partidos fascistas fuesen de extrema derecha); (ii) que cabe, en razón de las respectivas peculiaridades de la cultura política americana y de la europea (los términos izquierda-derecha tienen, como vimos, un origen histórico europeo), que tal contraposición encuentre mejor reflejo en los Estados Unidos en otros términos, que sin embargo funcionen como equivalentes, por ejemplo radicalismo-conservadurismo; (iii) y, finalmente, que en algunos casos un efecto de "centralización" de los partidos mayores pueden haber polarizado en zonas externas a la legitimidad del sistema las posiciones extremas, y no es realista exigir del encuestado medio que supere la presión social deslegitimadora de esas posiciones.

Naturalmente, ello no niega ni que (i) este eje de contraposición principal conozca una o muchas posiciones intermedias y, por tanto, que se pueda articular en sistemas multipartidistas; ni que (ii) las fuerzas políticas se sitúen también sobre otras dimensiones, igualmente de naturaleza bipolar. Lo que sí se afirma es que la primera contraposición es de una naturaleza distinta, en tanto resultante y expresión de la conjugación de contraposiciones más singulares, por lo general individualizadas temáticamente; por ejemplo, de las posiciones sobre otras opciones bipolares como monarquía-república, confesionalidad-laicidad, e incluso de la posición sobre el sistema económico, que aún en el caso de ser considerada como determinante fundamental de la posición política principal no necesariamente se expresa inmediatamente en ella. De donde se desprende que el calificativo de ideológica para la bipolarización izquierda-derecha sólo es pertinente si se utiliza una acepción de ideología como un conjunto, más o menos articulado, de postulados de pensamiento práctico-social (condicionados, en las sociedades de clase, por la situación de clase social), con su doble virtualidad de expresión sintética de una determinada concepción de la sociedad y de especificación de pautas de conducta social y, como una particularización de éstas, de programas de gobierno. Incluso, desde el campo de la "teoría espacial de las elecciones" se mantienen posturas próximas a la que aquí se defiende. Así se supone la existencia de una dimensión predictiva subyacente a las evaluaciones por los electores de los programas, dimensión predictiva que ENELOW y HINICH (1982, 493) identifican con la ideología política.

De todo ello resulta, asimismo, que la afirmación de una ley tendencial a la bipolarización de las posiciones políticas no niega necesariamente la posibilidad —y la frecuente realización de tal posibilidad— de posiciones políticas intermedias (y en este aspecto tiene razón SARTORI, 1980), ni implica un perjuicio minusvalorativo de tales posiciones; simplemente, se afirma que

las posiciones de centro están determinadas por la bipolaridad izquierda-de-
recha.

REFERENCIAS

- BLANCHE (Robert) (1969), *Structures intellectuelles. Essai sur l'organisation systématique de concepts*. 2.^a edición. París, Librairie Philosophique J. Vrin.
- DAALDER (Hans) (1979), "The Netherlands", in HENIG (Stanley), editor, *Political Parties in the European Community*. London, George Allen and Unwin/Policy Studies Institute.
- DAALDER (Hans) (1984), "In Search of the Center of European Party Systems". *American Political Science Review. Q. J. Amer. Polit. Sc. Assoc.* vol. 78, núm. 1, marzo, pp. 92-109.
- DOWNS (Antony) (1957), *An Economic Theory of Democracy*. New York, Harper & Row Publications.
- DUVERGER (Maurice) (1979), *Los partidos políticos*. Traducción castellana. 6.^a reimpres. México, Fondo de Cultura Económica (Ed. original, París, Librairie Armand Colin, 1951).
- ENELOW (James M.) y HINICH (Melvin J.) (1982), "Ideology, issues and the spatial theory of elections". *American Political Science Review*, vol. 86, núm. 3, septiembre.
- GARCIA COTARELO (Ramón) (1985), *Los partidos políticos*. Madrid, Editorial Sistema.
- INGLEHART (R.) y KLINGEMANN (H. D.) (1976), "Party Identification, Ideological Preferences..." in Budge, Creve y Farlie, *Party Identification and Beyond*, London, 243-273.
- LAPONCE (J. A.) (1981), *Left and Right. The Topography of Political Perceptions*. University of Toronto Press.
- LEVI-STRAUSS (Claude) (1972), *El pensamiento salvaje*. Traducción castellana. 2.^a reimpresión. México, Fondo de Cultura Económica (Edición original, París, 1962).
- LEYS (C.) (1981), "Sistemas electorales y sistemas..." (Repr. de *Political Studies*, 1959), in Blondel, Duverger, Finer et al. *El gobierno: estudios comparados*. Madrid, 187-191.
- LIPSET (Seymour Martin) y ROKKAN (Stein) (1967), eds. *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. New York, The Free Press.
- MARAVALL (José María) (1981), "Los apoyos partidistas en España: polarización, fragmentación y estabilidad". *Revista de Estudios Políticos*, núm. 23, Madrid, septiembre-octubre.
- MINOGUE (K.) (1982), "The place of metaphor in the construction of political reality", in CRANSTON (M.) y MAIR (P.), eds. *Langage et politique* Bruxelles, Bruylant, 123-135.
- MONTERO (J. R.) (1986), "La abstención electoral en las elecciones legisla-

Las metáforas espaciales en el análisis de los sistemas de partidos

tivas de 1982: términos de referencia, pautas de..." *Revista Derecho Político*, 22, 103-147.

OLIVECRONA (Karl) (1980), *El Derecho como hecho*. Trad. Luis López Guerra (de la ed. London, Stevens & Sons). Barcelona, Labor (ed. original, Copenhagen, 1939).

ROSE (R.) y URWIN (D.) (1971), "Social Cohesion, Political Parties and Strains in Regimes", in DOGAN (M.) y ROSE (R.), eds. *European Politics. A. Reader*. London, Macmillan.

SARTORI (Giovanni) (1980), *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*. Traducc. castellana. Madrid, Alianza Editorial (Ed. original, Cambridge University Press, 1976).

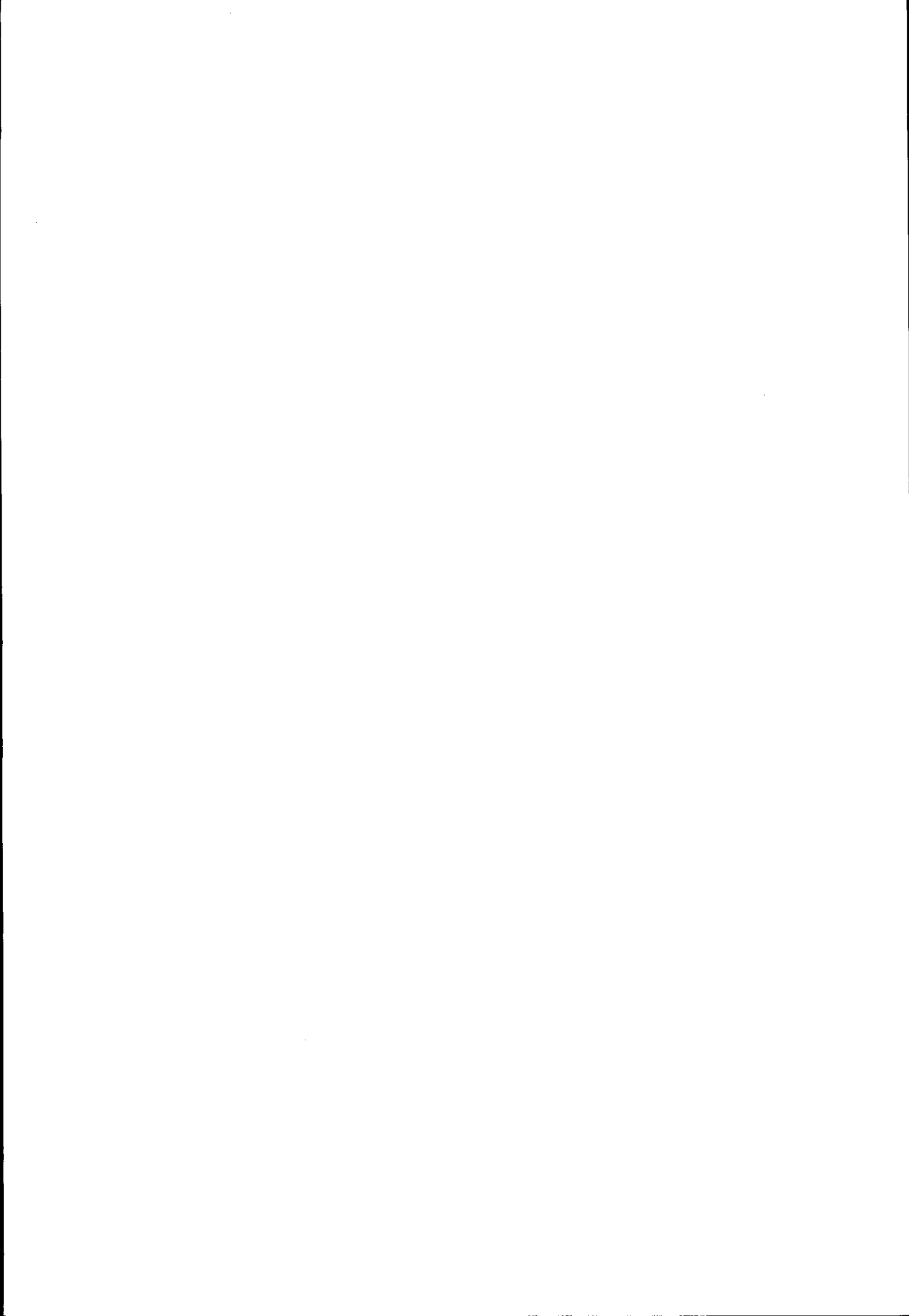
SIEYES (Enmanuel) (1990), *Escritos y discursos de la Revolución*. Edición de Ramón Maiz. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

VILAS NOGUEIRA (J.) (1975), "El autonomismo gallego en la II República", in Ramírez (Manuel), (ed.) *Estudios sobre la Segunda República española*. Madrid, Editorial Tecnos.

VON BEYME (Klaus) (1985), *Political Parties in Western Democracies*. Traducción inglesa. Aldershot (England), Gower.

WALLON (Henri) (1945), *Les origines de la pensée de l'enfant*, I, citado por BLANCHÉ (1969).

WHITE (Leslie A.) (1964), *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Trad. castellana. Buenos Aires, Editor. Paidós (Ed. original, New York, Grove).



**II. SEMINARIO SOBRE LA TERCERA
GENERACION DE DERECHOS
FUNDAMENTALES CELEBRADO EN LA
UNIVERSIDAD DE CORDOBA**

